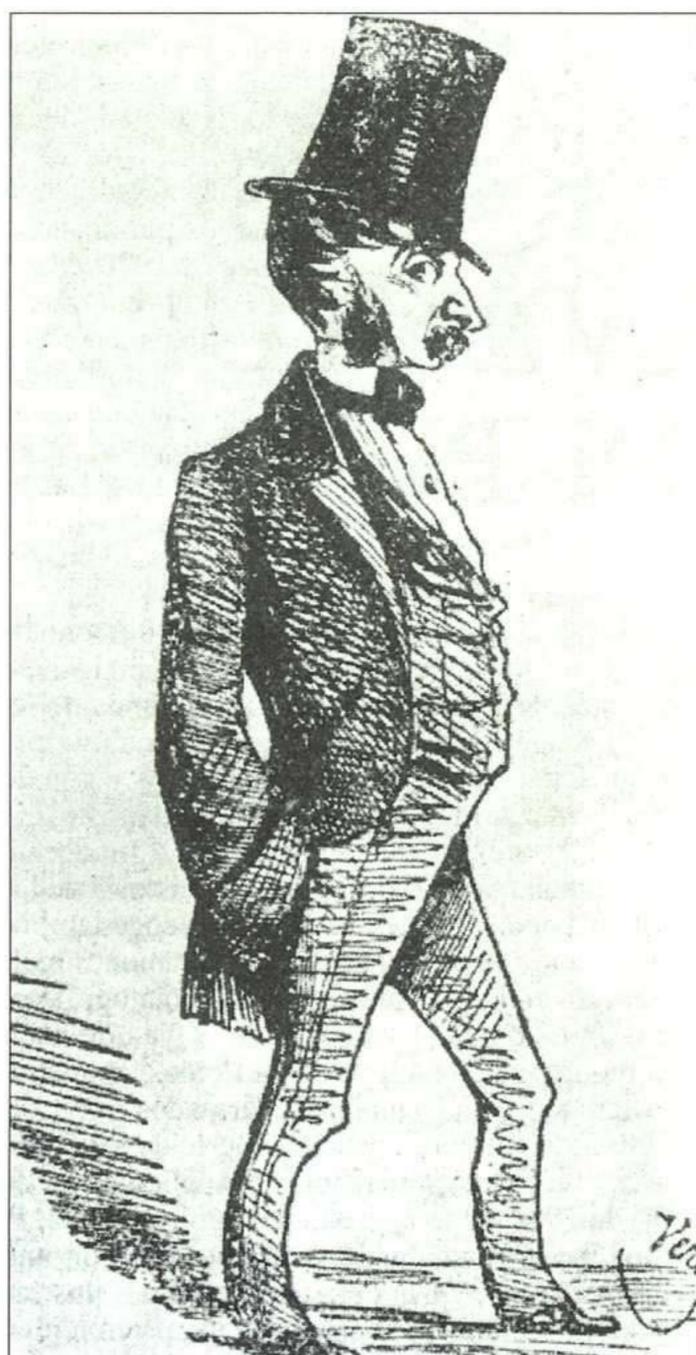


CARLO COLLODI

Carlo Collodi, el padre de Pinocho

Emilio Pascual*



Caricatura de Carlo Collodi realizada por J. Veraci.

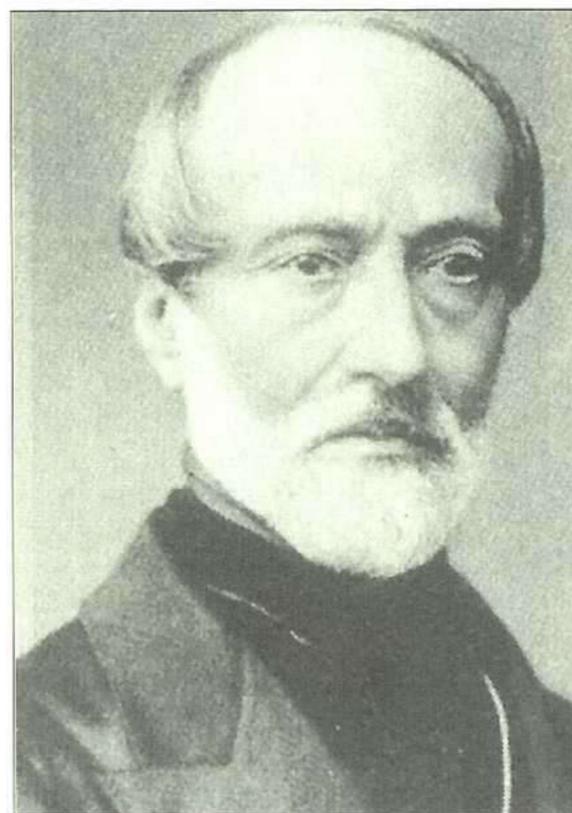
Carlo Collodi, nacido Carlo Lorenzini, padre de uno de los mitos literarios infantiles por antonomasia, fue un importante periodista político, que vivió en la convulsa y dividida Italia del siglo XIX. Participó como soldado en dos guerras de independencia, fue cronista de estas batallas, y también fue autor, crítico y censor teatral, así como director escénico. Pero de todos estos oficios el que le dio fama e inmortalidad fue el que menos relevancia tenía para él. Su primer contacto con la LIJ fue como traductor de los Cuentos de Perrault, y el último como autor de Las aventuras de Pinocho, publicadas por entregas.

Cuando Carlo Lorenzini aún no era Carlo Collodi, Italia tampoco era Italia. En 1831, cuando el niño Lorenzini tenía cinco años, la península itálica —esa bota de vadear mundos, con el balón de Sicilia siempre al pie— seguía dividida en ocho Estados. Resumiendo el mapa político de la Italia de aquella época, Indro Montanelli ha enumerado así los ocho Estados surgidos de los tratados de Viena de 1815: «El reino Sardo-Piamontés, ahora enriquecido con la Liguria, bajo la dinastía de Saboya; el Lombardo-Véneto, reducido a provincia de Austria, que desde tal posición de fuerza ejercía su patronato sobre toda la península; el ducado de Módena y Regio bajo la plúmbea soberanía de Francisco IV, príncipe mitad estense, es decir, italiano, mitad de Lorena, es decir, austríaco; el de Parma y Piacenza, concedido a título vitalicio a María Luisa, hija del emperador de Austria y viuda de Napoleón; el gran ducado de Toscana, bajo Leopoldo II de Lorena, sobrino a su vez del emperador de Austria; el principado de Lucca, momentáneamente administrado por los Borbones en espera de que la muerte de María Luisa les permitiese trasladarse a Parma, dejando Lucca al gran duque; los Estados de la Iglesia, que comprendían el resto de la Emilia, la Romaña, las Marcas, la Umbría y el Lacio; y el reino de las dos Sicilias bajo la dinastía de los Borbones de Nápoles, ya sólidamente ligados a Austria».

La Italia dividida

Esta atomización del suelo significaba para Italia una clara regresión respecto a los ideales nacionalistas propiciados por Napoleón. Los ocho Estados, de tan variada extensión y características, caían en el provincianismo intolerante y absolutista típico de los Estados pequeños, a la vez que giraban en la órbita de influencia de las grandes potencias y principalmente de Austria. En el caso concreto de Toscana, la patria de Collodi, el régimen «restaurado» había retrocedido en el campo de la ilustración respecto a la época anterior a la llegada de Napoleón.

El descontento popular, avivado por la recesión económica y el hambre, se tra-



dujo entre 1820 y 1831 en una serie de rebeliones y movimientos revolucionarios, atizados por las sociedades secretas, que, fundadas por hombres salidos de la burguesía media, fueron a la vez su causa y efecto. Pero el Congreso de Viena había dejado a Italia prácticamente a merced de Austria, y Metternich —ministro de Asuntos Exteriores hasta 1821 y luego canciller imperial de Austria—



Tres hombres clave en la historia de la Italia del XIX: el ministro Cavour (arriba a la izquierda); a su lado, Napoleón III retratado por el famoso fotógrafo francés, Nadar; y Giuseppe Mazzini, jefe del trinvirato de la República de Roma.

desbarató dichos levantamientos, sofocando unos y abortando otros. Metternich disponía entonces de la policía mejor organizada de Europa, y si sus sabuesos no descubrían las conspiraciones, los propios reyes le pedían ayuda cuando estallaban. Con el final de la rebelión de 1830-31, acaecida en el ducado de Módena, las sociedades secretas —que serían sustituidas por la «Joven Italia» de Mazzini— prácticamente dejaron de contar como fuerza política, y una nueva remesa de hombres apareció en los escenarios políticos: Fernando II en Nápoles, el cual aseguraba que dejaría la corona y abandonaría Nápoles antes que jurar una Constitución; el papa Gregorio XVI en los Estados Pontificios, y en el reino Sardo-Piamontés Carlos Alberto, cuya ambigua trayectoria política no le impidió enamorarse cada vez más del poder absoluto e ir relegando a sus ministros.

Pero el fuego no estaba apagado. En 1831, Giuseppe Mazzini (1805-1872), exiliado en Marbella como sospechoso de actividades revolucionarias, empezó a trabajar en la fundación de un partido. Mazzini había pertenecido a la sociedad secreta de los carbonarios, pero, cuando

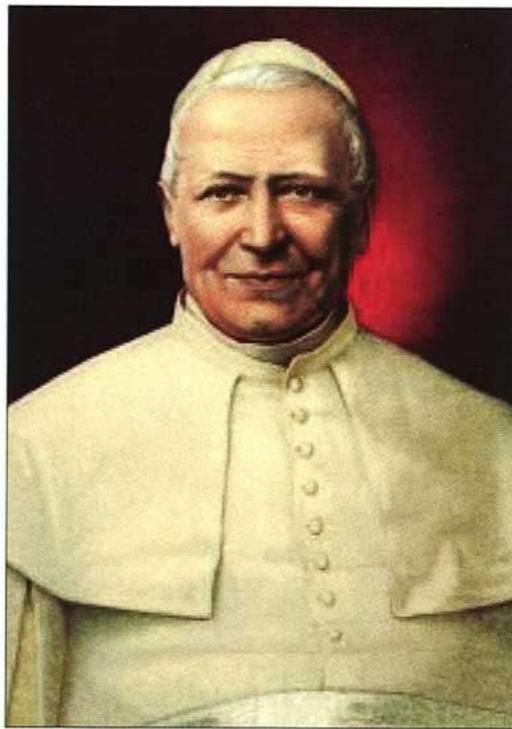


Arriba, pintura que recoge la batalla de Varese, con los austriacos y los soldados de Garibaldi enfrentados. Al lado, un retrato del papa Pio IX, elegido en 1846, tras la muerte de Gregorio XVI. Pio IX tenía fama de liberal y reformador, e inició su pontificado con una amnistía política.

se convenció de que el sectarismo y el complicado ritual ocultista de la sociedad no conducía a ningún sitio, decidió crear una nueva organización. En dos meses de intensa actividad la «Joven Italia» estaba en marcha: a los objetivos habituales de libertad e independencia, Mazzini añadió uno no menos importante: «unidad». Su primer intento de pasar a la «acción» lo dirigió contra Carlos Alberto, pero la imprevisión, la traición y su desmedida confianza en que la «chispa» que él lanzara incendiaría a Italia —que él creía un «volcán»— condenaron la intentona al fracaso casi antes de ser puesta en práctica. Hubo un joven conspirador que consiguió escapar por los pelos: Giuseppe Garibaldi.

Literatura revolucionaria

Pero Mazzini fundó otra *Joven Italia*. Esta vez se trataba de una revista así titulada, que reveló las posibilidades de la literatura revolucionaria. La llamada a la



subversión aparecía arropada en hechos y personajes del pasado, pero el mensaje era fácilmente comprensible y trasladable a la situación del momento. El género predilecto fue la novela y el teatro históricos. Y, mientras los autores narraban o representaban acontecimientos pasados, en que España solía figurar como opresora, lectores y espectadores sabían que donde decía «España» había que leer «Austria». «Así, por ejemplo —cuentan Hearder y Waley—, cuando el drama de

Niccolini, *Juan de Prócida*, basado en las Visperas Sicilianas, se estrenó en Florencia, el ministro de Francia, que se encontraba en el teatro, se indignó al oír las aclamaciones que acogían los versos dirigidos contra sus compatriotas, pero su colega austriaco le calmó diciéndole tranquilamente: «No se lo tome así: el sobre va dirigido a usted, pero el mensaje es para mí.» En este contexto hay que situar la popularidad y aplauso con que fueron acogidas otras obras de la época: novelas como *Los novios*, de Alessandro Manzoni (1785-1873), e incluso óperas como el *Guillermo Tell*, de Rossini (1792-1868) o *Los lombardos en la Primera Cruzada*, de Verdi (1813-1901). Lo mismo puede decirse de las sátiras y epigramas de Giuseppe Giusti (1809-1850) o de la poesía patriótica. Paradójicamente, esta contaminación política del arte y la literatura, convertidos con frecuencia en mero vehículo de propaganda y agitación, hizo que no cuajaran en obras duraderas. Si exceptuamos *Los novios*, de Manzoni, *Mis prisiones* (1832), de Silvio Pellico (1789-1854) —libro que, aunque de mediocre valor literario, obtuvo un éxito solo comparable al de *Los novios*, y del que dijo Metternich que fue para los austriacos «más catastrófico que una batalla perdida»— y a Verdi (Rossini no cuenta, pues el grueso de su obra es anterior a 1830, y desde 1856 residió en París), «el treintenio del *Risorgimento*, en el campo de la literatura y del arte, fue más bien estéril». «Pero el porqué —continúa Montanelli— me parece evidente: la política empeñó y consumió todas las energías de los italianos. Nacido medio siglo antes (o medio siglo después), D'Azeglio habría sido sólo novelista y pintor; Ferrarri, un historiador; Cattaneo, un sociólogo. Lo fueron igualmente, pero a medio servicio, y siempre en función del momento político, que los condicionó y atrajo a la acción. La gran empresa de la independencia y de la unidad nacional los necesitaba.»

¿Un papa liberal?

Frente al republicanismo de Mazzini, surgió el partido federalista de los *reformistas*, que creían en la posibilidad de



Otros dos hombres clave en la historia de Italia: Víctor Manuel II de Saboya, rey de Cerdeña y primer rey de Italia, retratado por Gordigiani; y Giuseppe Garibaldi (1807-1882), general genovés, héroe liberador en Europa y en América.

entendimiento entre gobernantes y pueblo, sin necesidad de revoluciones, y el partido monárquico de los *albertistas*, así llamados porque suponían que sólo Cerdeña y Carlos Alberto encarnaban la verdadera esperanza de Italia. A esto habría que sumar las teorías del abate Gioberti, que en un libro publicado en 1843, *La primacía moral y civil de los italianos*, «exponía con entusiasmo —dice Roger Aubert— el programa «neogüelfo» de una federación de soberanos italianos, libres de toda influencia austríaca, agrupados bajo la presidencia del papa y apoyados por la fuerza militar del Piamonte». Así las cosas, en 1846 murió el papa Gregorio XVI, y fue elegido Pío IX, que tenía fama de liberal y reformador. La noticia, aunque no tan inesperada como a veces se ha pretendido, no dejó de preocupar en ciertos medios conservadores, y sobre todo en Austria, donde el propio Metternich llegó a exclamar: «¡Podía esperarme cualquier cosa menos un papa liberal!».

La elección de Pío IX avivó las expectativas políticas. El papa, fuera por



convencimiento o por la inercia de la fama que lo precedía y aclamaba, entró en el juego, inaugurando su pontificado con una amnistía política, que fue recibida con entusiasmo por toda Italia. Siguió una serie de reformas económicas y sociales, y entre ellas tres fundamentales: la libertad de prensa, una *consulta* y una guardia cívica. Esta última medida, por la que el pueblo podía disponer de armas, alarmó seriamente a Austria, que decidió intervenir. Pero ante la provocación austríaca se unieron papistas y liberales, y pronto varios Estados más empezaron a pedir la libertad de prensa y guardia cívica. Carlos Al-

berto concedió un Estatuto, que no se debe perder de vista, porque con el tiempo sería la base de la Constitución de la Italia unificada. El paso siguiente lo dio Sicilia, que se levantó en armas, expulsando a la guarnición napolitana y exigiendo una Constitución. En los primeros meses de 1848 la revolución se había generalizado.

Un sueño: la expulsión de los austríacos

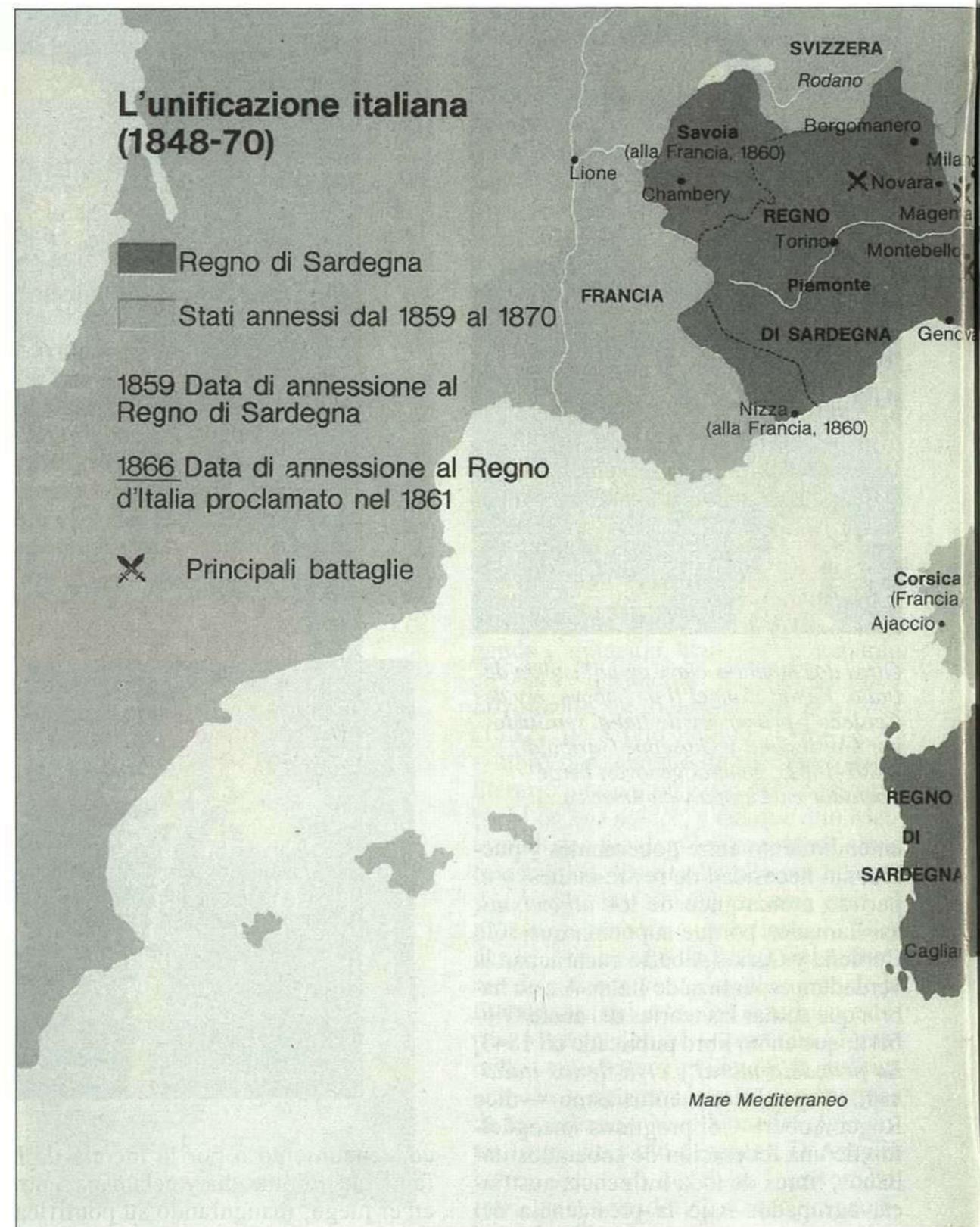
En el fondo, el problema subyacente era el de la expulsión de los austríacos.

Así lo entendieron los milaneses que, coincidiendo con la Revolución francesa del 48, se levantaron contra los austríacos. Solicitaron ayuda de Carlos Alberto, el cual acudió con su ejército de piemonteses, a los que se unieron cinco mil voluntarios toscanos. (Entre ellos se encontraban Colloidi y su hermano Paolo). También se presentaron a luchar contra los austríacos contingentes papales y napolitanos. Pero la reticencia del papa a declarar la guerra a Austria, sumada a la contrarrevolución napolitana, a raíz de la cual el rey retiró las tropas y revocó la Constitución hacía escasos meses otorgada, más los refuerzos recibidos por los ejércitos austríacos, fueron causa del retroceso y derrota de los piemonteses. El armisticio de Salasco puso fin sólo momentáneamente a las hostilidades, pues, tras el intermedio democrático de Gioberti, Carlos Alberto reanudó la guerra, aunque ésta ya duró poco más de una semana: el rey fue vencido, abdicó en su hijo Víctor Manuel II y se refugió en Portugal.

Aquí hay que situar las experiencias republicanas de Venecia y Roma. La primera acabó con el bombardeo austríaco del verano de 1849. La de Roma es digna de más detallada mención, Ante los graves acontecimientos de finales de 1848, el papa huyó disfrazado a Gaeta. En enero se proclamó la república, gobernada por un triunvirato con Mazzini a la cabeza.

Mazzini intentó llevar a la práctica la «pureza» democrática de tolerancia y unidad que siempre había propugnado, pero su gobierno resultó utópico e inviable para la fecha. Y pese a que se sabía rodeado de enemigos dentro y fuera, fue consecuente con sus ideas hasta el idealismo, negándose a recortar la libertad de prensa o a encarcelar a sus adversarios políticos. El juicio de Hearder y Waley resume a la perfección el talante de Mazzini y el significado de la fugaz experiencia republicana:

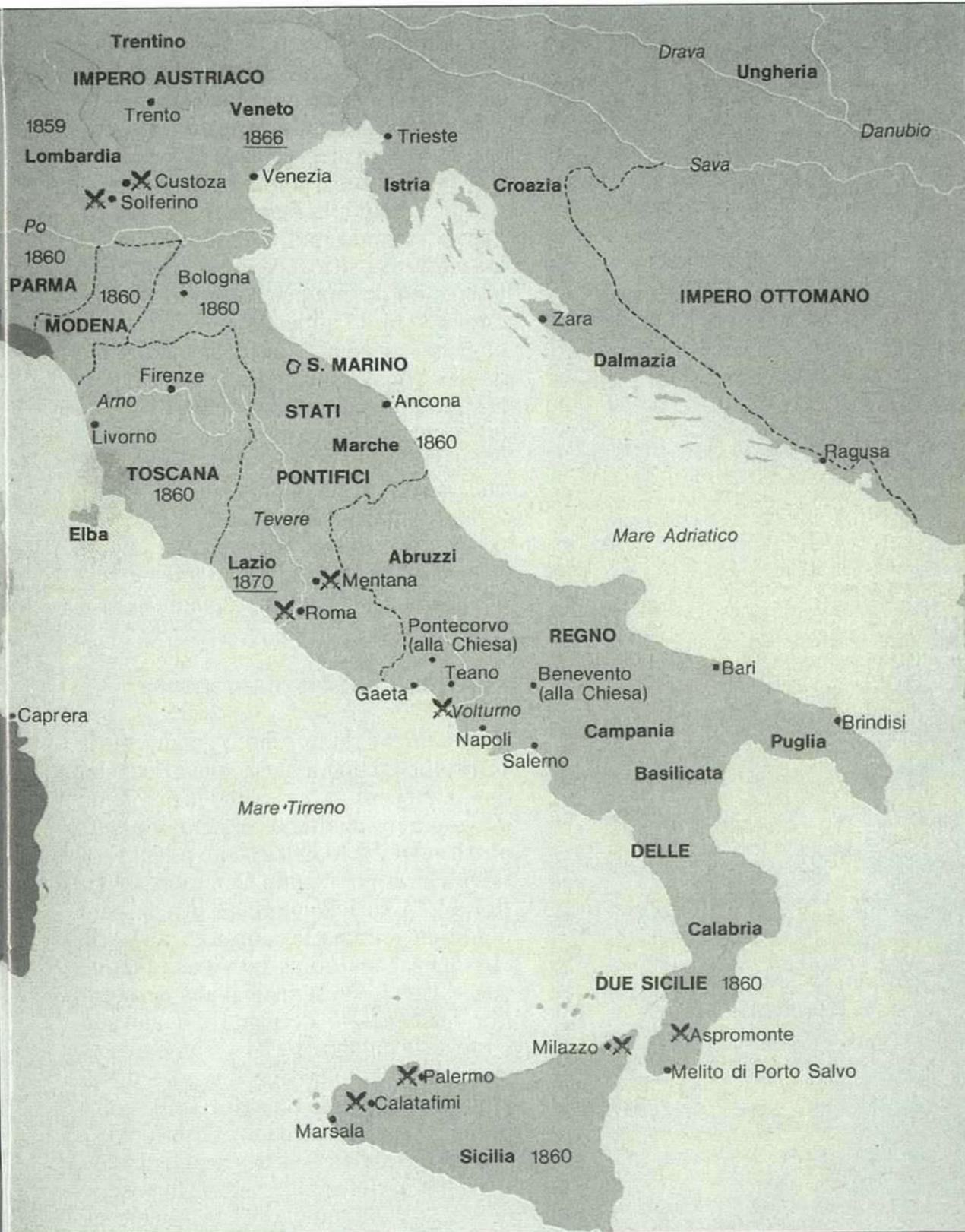
La revolución romana se había hecho tanto con propósitos nacionalistas como sociales, unificándolos. Por tanto, fue más universal y de carácter menos clasista que las demás que se hicieron en Italia. El gobierno de Mazzini trataba de ayudar a los más míseros de los antiguos súbditos del papa, los pobres de la ciudad y los labradores y pastores de los campos, cuyo bajísimo nivel de vida había empeorado aún en los últimos años. El im-



Mapa para entender la unificación de Italia (1848-70). En gris más oscuro, el reino de Cerdeña, y el resto de estados anexionados entre 1859 y 1870, en gris claro.

puesto sobre los granos quedó abolido, y otros muchos disminuidos. La justicia se abarató, con lo cual los pobres pudieron acudir a ella por primera vez. La asamblea revolucionaria se incautó de las casas y propiedades eclesiásticas, y las tierras se distribuyeron a los campesinos más pobres. El paro obrero en las ciudades se atenuó mediante un programa de obras públicas, empleándose también a muchos trabajadores en las fábricas de armas. Tanto los que trabajaban para el gobierno como los hombres que servían en el

ejército percibían excelentes salarios. Las reducciones en las tarifas permitieron una apreciable mejoría en el nivel general de vida, lo que desagradaba a la clase media, cuya riqueza había dependido de la protección económica de que gozara. Un préstamo forzado alejó del régimen a los romanos más ricos. Políticamente la República se basaba en el sufragio universal, y más que el triunvirato, la asamblea era el órgano soberano. *No era probable que un régimen tan radical pudiera subsistir en la Europa de 1849».*



mantuvo fiel al juramento y acató la Constitución. La llegada a la jefatura del gobierno de Camilo Benso, conde de Cavour, significó un cambio de óptica en la forma de tratar sus relaciones con Austria. Cavour comprendió que sólo apoyados por alguna de las potencias europeas se librarían de Austria. Para ello empezó organizando una política amistosa y comercial con Francia e Inglaterra —aun a costa de iniciales sacrificios económicos—, y cuando en 1854 Francia e Inglaterra declararon a Rusia la llamada «Guerra de Crimea», Cavour se apresuró a colaborar con los aliados, y en el Congreso de París aprovechó la ocasión para poner sobre el tapete la «cuestión italiana», por ajena que fuese a los objetivos del Congreso. Del Congreso no salió nada en limpio, aunque la habilidad de Cavour arrancó a Napoleón III la promesa de que lo ayudaría en una guerra provocada por Austria. Como así ocurrió. Mientras Cavour difundía por toda Italia la consigna «Italia y Víctor Manuel», Austria declaró la guerra en 1859. También en ésta participó Collodi.

La paz de Villafranca, concertada entre Austria y Francia, fue un duro golpe para Italia desde el punto de vista de los resultados. Según los términos del tratado, Italia debería formar una confederación bajo el papado. Austria cedía Lombardía, pero se quedaba en Venecia. Francia se cobraba Niza y Saboya en concepto de gastos de guerra. Y, cuando todo parecía confuso y la unidad de Italia más lejana que nunca, una maniobra inesperada vino a precipitar los acontecimientos.

Hacia el reino de Italia

En abril de 1860, Sicilia se levantó en armas contra el gobierno de Nápoles y llamó en su ayuda a Garibaldi. Este desembarcó con mil hombres en la isla y, después de unas batallas en que no faltó decisión, suerte y estrategia, se apoderó de Sicilia. Cavour, que había vuelto al poder tras su dimisión a raíz de la paz de Villafranca, le pidió que anexionara la isla en nombre de Víctor Manuel, pero Garibaldi, irritado con Cavour por haber cedido a Francia Niza, su ciudad natal, se negó. Garibaldi pasó a la península y

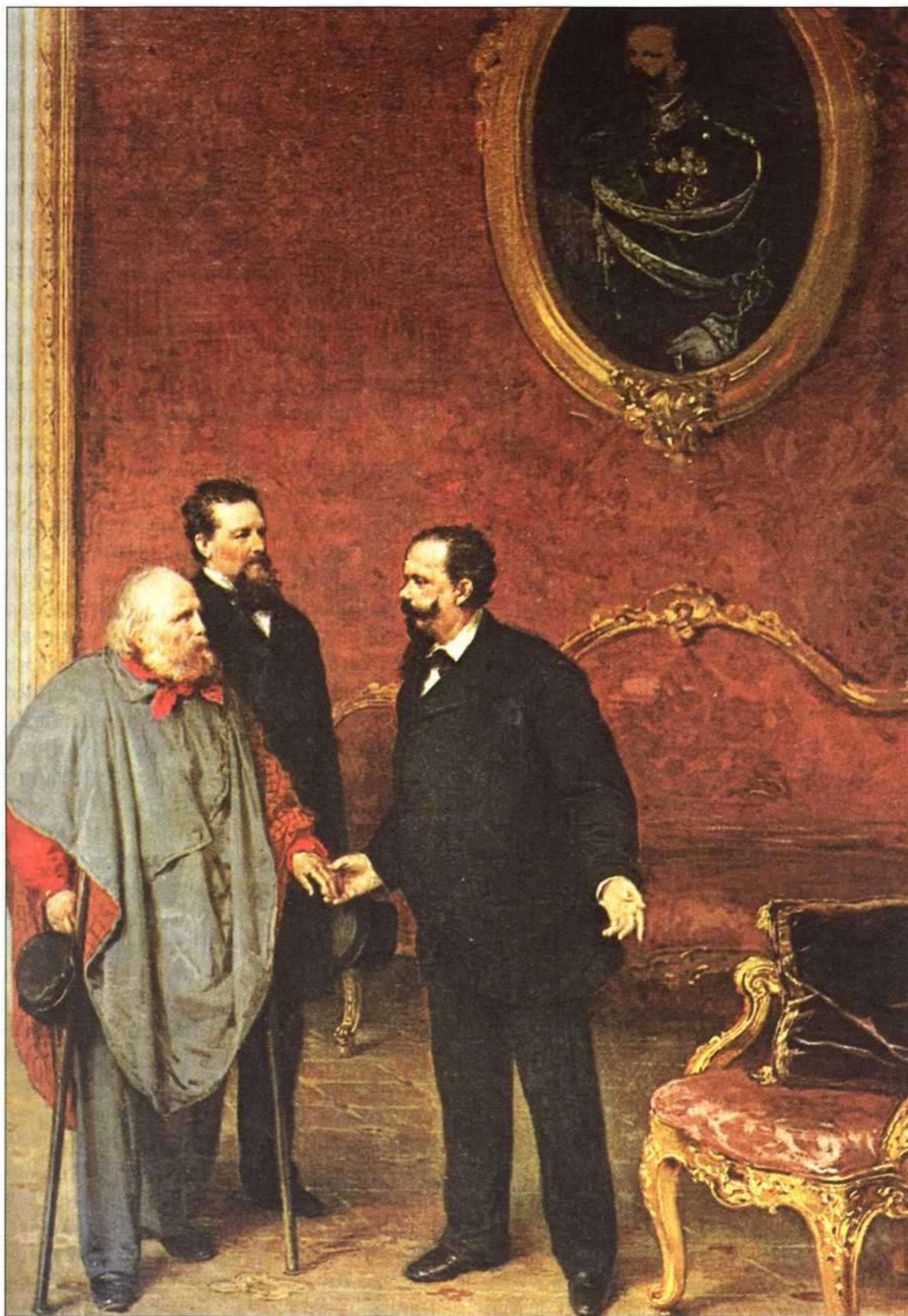
El subrayado es mío. Es ocioso añadir que el papa «liberal» se convertiría en un furibundo reaccionario.

Un paso atrás

En efecto, pronto Francia tomó la iniciativa de reponer al papa en su trono por la fuerza. En abril desembarcó el general Oudinot con diez mil hombres y, aunque

en un principio fue repelido por Garibaldi, acabó entrando en Roma a principios de julio. Mazzini y Garibaldi se exiliaron nuevamente. Italia estaba otra vez a los pies de Austria. Una vez más, la regresión al más feroz absolutismo.

Pero algo se había salvado: aquel tímido Estatuto concedido por Carlos Alberto a los piemonteses. Víctor Manuel II se mostró a la altura de las circunstancias y, a pesar de ciertas presiones, se



Un Garibaldi ya mayor es recibido por Víctor Manuel II, rey de Italia, en su residencia del Quirinal. Era enero de 1875, y el reino de Italia había nacido oficialmente en 1861.

llegó a Nápoles en un desfile triunfal, negándose a anexionarla mientras no llegara a Roma. Víctor Manuel decidió salirle al paso. Avanzó hacia el sur y derrotó a los ejércitos pontificios en Castelfidardo, mientras Garibaldi des-

hacía en Volturno a los restos del ejército napolitano. Poco después, el rey y Garibaldi se encontraban en Teano: la unificación de Italia era un hecho. En enero de 1861 se celebraron elecciones y en febrero Víctor Manuel abrió el Parla-

mento. El 17 de marzo de 1861 nació oficialmente el reino de Italia: después de mil años de divisiones, la península se reunificaba, excepto Venecia, que de momento seguía siendo austríaca, y Roma, que permanecía ligada al papa.

Quedaba, pues, por resolver el problema del papado, la famosa «cuestión romana», cuando murió Cavour, «uno de los mayores patriotas que han enaltecido la historia de cualquier nación», en palabras de lord Palmerston. «No conozco un país —añadía— que deba tanto a uno de sus hijos como Italia le debe a él». Hasta el mismo Pío IX, que al fin y al cabo se había visto despojado del poder temporal por la política unitarista de Cavour, cuenta H. D'Ildeville que exclamó: «¡Ah, cómo quería a su país este Cavour! Ese hombre era verdaderamente italiano. Dios le habrá ciertamente perdonado, como Nos le perdonamos».

La Constitución piemontesa

El nuevo Estado echó a andar con la Constitución piemontesa, que ofrecía lagunas tan censurables como la privación de voto a los analfabetos, de modo que, al extenderse a toda Italia, no podían votar ni el tres por ciento. Con todo, se demostró lo suficientemente eficaz para poner en marcha la administración, la enseñanza, las obras públicas, aunque con el lastre que significaba el desequilibrio financiero derivado del elevado coste de la unidad. A ello se sumó el problema del bandolerismo, surgido en Nápoles a causa de la revuelta de los campesinos y de los soldados desertores, y que obligó al Estado a desencadenar una larga y sangrienta represión. (Un posible eco de este fenómeno es rastreable en los «asesinos» del *Pinocho*.) Sin embargo, con trabajos y dificultades, la tarea reorganizadora del país siguió adelante.

De los dos problemas pendientes de resolución —la cesión de Venecia y la «cuestión romana»—, el primero se resolvió en 1866, de forma un tanto humillante para Italia, a raíz de la guerra austro-prusiana. Italia se alió con Prusia, pero fue batida por mar y tierra. Sin embargo, la victoria prusiana final y una complicada red de relaciones diplomáticas con Francia, que hizo de mediadora,

Miguel de Cervantes
 Lope de Vega
 Garcilaso de la Vega
 Bartolomé de las Casas
 P. Calderón de la Barca
 J. M. Lama
 Jorge Manrique
 Río Baroja
 Juan Ramón Jiménez
 Ramón del Valle-Inclán
 F. Lázaro Carreter
 R. Gómez de la Serna
 E. Jardiel Poncela
 Antonio Machado
 Benito Pérez Galdós
 J. L. Borges
 Julio Cortázar
 Gabriel García Márquez
 Mario Vargas Llosa
 Álvaro Mutis
 Camilo José Cela
 Gerardo Diego
 Pablo Neruda
 León Felipe
 Federico García Lorca
 Miguel Delibes
 Ernesto Sábato
 Miguel de Unamuno
 José Ortega y Gasset
 Juan Goytisolo
 Juan Benet
 Francisco Umbral

Ensayo
 Fotografía
 Literatura extranjera
 Informática
 Tiempo Libre
 Decoración
 Viajes
 Obras Completas
 Literatura
 Biografías
 Clásicos
 Teatro
 Ciencias Humanas
¡Asómate!
 Economía
 Historia
 Bellas Artes
 Novedades
 Idiomas
 Cocina y Salud
 Ciencias Naturales
 Infantil y Juvenil
 Ciencias Técnicas
 Deportes
 Sátira
 Ecología
 Artesanía
 Comunicación
 Astrología
 Memorias
 Belleza
 Derecho

Eurípides
 Aristóteles
 Homero
 Honoré de Balzac
 Dante Alighieri
 Charles Dickens
 R.L. Stevenson
 W. Faulkner
 Frank Kafka
 Anton P. Chejov
 Umberto Eco
 W. Shakespeare
 L. Tolstoi
 Goethe
 Molière
 Marcel Proust
 J. Joyce
 Oscar Wilde
 E. Zola
 G. Apollinaire
 G. Flaubert
 Italo Calvino
 Raymond Carver
 V. Nabokov
 Joseph Conrad
 Graham Greene
 J.R.R. Tolkien
 E. Ionesco
 Samuel Becket
 Roald Dahl

En **Ámbito Cultural-El Corte Inglés** encontrarás la cultura al alcance de tu mano.
 Novedades. Búsqueda de libros. Conferencias. Puntos de consulta informatizada...
 Más de medio millón de títulos forman nuestra oferta cultural.



* **ÁMBITO cultural**

Elige el tuyo



servieron para que Austria cediese Venecia a Francia, que a su vez se la cedía a Italia. Todo se acordó a espaldas de Italia, que así no sólo resultaba vencida militarmente, sino ignorada diplomáticamente. Pero Venecia al fin era italiana.

Más complicada parecía la «cuestión romana». En 1861, Napoleón III había escrito a Víctor Manuel: «Mis tropas permanecerán en Roma en tanto vuestra majestad no se haya reconciliado con el papa o el Santo Padre continúe bajo la amenaza de que los Estados que le quedan sean invadidos por una fuerza regular o irregular». Todos los intentos de arreglar el conflicto por vía diplomática se vieron condenados al fracaso, hasta que prevaleció el convencimiento de que el papa no cedería sino ante una solución de fuerza. Personalmente Napoleón III ya estaba harto de la inacabable «cuestión romana» y sin duda hubiera retirado con gusto la guarnición, de no verse obligado a guardar las apariencias de defensor del Pontífice. Por otra parte, Italia no podía permitirse el lujo de desafiar abiertamente a Francia, y tuvo que reprimir los avances garibaldinos hacia

Roma. La solución, también esta vez, la dio una guerra: la franco-prusiana. Napoleón III llamó a sus tropas, y el 20 de septiembre de 1870 el ejército italiano entró en Roma. La capital de Italia, que de Turín había bajado a Florencia —la patria de Collodi—, se instaló definitivamente en Roma.

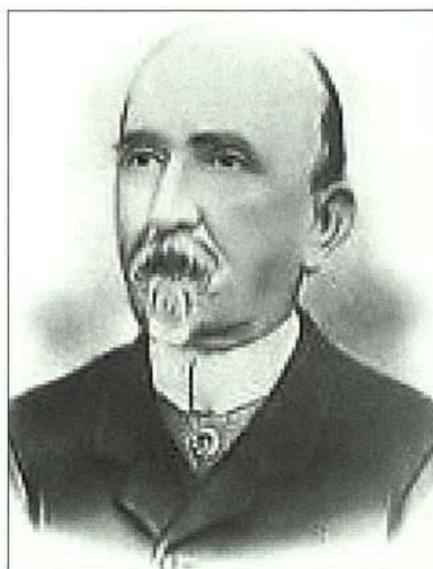
Collodi, marcado por su tiempo

Collodi murió en 1890. Pero su vida hay que enmarcarla en el azaroso periodo descrito del *Risorgimento*. Ahora Italia debía dedicarse de lleno al desarrollo económico y social. En 1872 murió Mazzini, y la izquierda republicana que él y los garibaldinos representaban acabó aceptando la plataforma monárquico-constitucional, llegando a vencer en las elecciones de 1876. Dos años después moría Víctor Manuel II y subía al trono Humberto I. También ese año murió Pío IX, sucediéndole León XIII. Depretis, presidente del gobierno de 1876 a 1887 con breves intervalos, inauguró el sistema político conocido con

el nombre de «transformismo», procedimiento que consistía lisa y llanamente en sobornar a los diputados opositores que fueran necesarios, con el fin de llegar al número suficiente de votos para sacar adelante una ley. Así, ni Depretis, ni sus sucesores Crispi y Giolitti, los tres hombres que dominaron la vida parlamentaria italiana hasta 1914, se esforzaron por formar un verdadero partido gubernamental. Sin embargo, pese a la fragmentación de la Cámara, a los graves problemas económicos, la crisis agraria, el malestar social y el aumento de la violencia que se registró entre 1887 y 1897, aquel germen de Constitución que Carlos Alberto concedió a los piemonteses casi obligado, con leves retoques y modificaciones, serviría de base a la vida política italiana, hasta que fuera barrida por el fascismo. Pero para entonces ya hacía muchos años que Collodi había muerto.

Como ya hemos visto, en 1826 Toscana estaba gobernada por el gran duque Leopoldo II, que habitaba en la capital, Florencia. También habitaban allí los marqueses de Ginori Lisci, y a su cargo vivían Domenico Lorenzini —cocinero de los marqueses— y Angela Orzali, hija del administrador de los marqueses Garzoni de Collodi. Ambos tuvieron nueve hijos, que no fueron de sangre azul, pero la tuvieron cerca, siquiera por las actividades de su padre y de su abuelo. De los nueve sólo tres sobrevivieron: el primero, Carlo Lorenzo Filippo Giovanni, que andando el tiempo escribiría *Las aventuras de Pinocho*; el tercero, Paolo, nacido en 1829, y el último, Ippolito, en 1842.

Carlo nació el 24 de noviembre de 1826. No tuvo como madrina al Hada de los cabellos color añil: se conformó con la marquesa Marianna Ginori Lisci. Pese a las revueltas que estaban fermentando, no debía de vivirse mal en Florencia aquellos años, a juzgar por un recuerdo de Collodi: «En aquellos tiempos prehistóricos el gran duque era la salsa y el condimento de todas las diversiones públicas: y, por increíble que parezca, también la salsa y el condimento se divertían. ¡Misterios de la cocina alemana!» Quizá no se debía sólo a la «cocina alemana», sino al plato resultante de la mezcla con el carácter florentino.



Uno de los pocos retratos que hay de Carlo Collodi, brillante periodista y cronista de su época que, no obstante, debe su fama a la única obra de LIJ que escribió sin mucho entusiasmo. Al lado, pintura sobre la batalla de Calatafimi (1861), en la que se enfrentan las huestes de Garibaldi contra el ejército borbónico.



Uno de los pocos retratos que existen de la madre de Carlo Lorenzini, Angelina Orzali, hija del administrador de los marqueses Garzoni de Collodi. Angelina se casó con Domenico Lorenzini, cocinero de los marqueses, y de su unión nacieron nueve hijos, de los que sólo tres sobrevivieron, entre ellos, el que llegaría a ser conocido mundialmente como Carlo Collodi.

Curzio Malaparte, en ese libro cínico y poético que tituló *Malditos toscanos*, ha pintado así las relaciones de los duques con sus súbditos: «¿Y las extravagancias de los grandes duques, de aquellos grandes duques señorones, que de noche no dormían para pensar en las bromas que les gastarían al día siguiente a sus queridísimos súbditos? ¡Aquéllos sí que eran soberanos dignos de Florencia! Cuando pasaba un gran duque por las calles, todo era correr, gritar, un abrir de ventanas, un agitar de brazos y sombreros: «¡Viva el *Grandua!*» y el *Grandua* se volvía y saludaba a derecha y a izquierda gritando: «¡Esperad, esperad y veréis!» Y la muchedumbre se reía alborotando, aplaudiendo, mientras grupos de chiquillos corrían detrás de la carroza, se agarraban a los muelles del carruaje y se disputaban a ver quién arrancaba más plumas al bicornio granducal; todo el

pueblo, en una palabra, le tendía trampas, emboscadas, y no era raro que el gran duque se enojase y los florentinos fuesen castigados». Corrijamos, pues, a Collodi: ¡Misterios de la cocina toscana!

Estudios y lecturas

El pequeño Carlo estudió en las Escuelas Pías y luego ingresó en el seminario de Colle Val d' Elsa. A los dieciséis años salió del seminario y pasó a estudiar Retórica y Filosofía con los Escolapios. Un año después encontró trabajo en la librería Piatti, regida por el paleógrafo Giuseppe Aiazzi, que le encargó la redacción de un boletín bibliográfico. Con este motivo, y fijo ya en su empleo, consigue licencia eclesiástica para leer libros prohibidos. El joven Lorenzini pudo así leer las obras que el gran duque

tenía vedadas a los florentinos: los escritos del abate Vincenzo Gioberti (1801-1852); las novelas de Massimo d'Azeglio (1798-1866); las poesías y las *Últimas cartas de Jacopo Ortis*, de Ugo Foscolo (1788-1827), y sobre todo las novelas históricas del temible liberal Francesco Guerrazzi (1804-1873), en las que expresaba su odio a los extranjeros y las esperanzas del *Risorgimento*.

En vísperas de la primera guerra de la independencia Lorenzini frecuentaba el café Elvetichino, punto de cita de conspiradores y periodistas. Años después el propio Collodi evocaría en *Ojos y narices* aquel curioso café: «Allí un periodista teatral, mientras con una mano se llevaba a la boca un pan preñado de mortadela patria con hinojo, con la otra corregía las pruebas de imprenta de un artículo... Del Elvetichino partieron las primeras demostraciones patrióticas que hoy en broma se llaman alegremente cuarentayochadas». Empezó a colaborar en la *Rivista de Firenze*, y al estallar la guerra se enroló con su hermano Paolo entre los cinco mil voluntarios toscanos que fueron a pelear contra los austriacos. La guerra, como sabemos, terminó en derrota. Collodi dejaría en su *Giannettino* una estampa bastante penosa del regreso de los combatientes: «La retirada (23-25 de julio de 1848) duró toda una semana sin interrupción, con el enemigo pisándoles los talones, a través de la llanura de Cremona, por caminos donde los pies se hundían en el polvo, bajo el látigo de un sol de fuego que hacía caer soldados y caballos para no volver a levantarse. A lo largo del camino todos los pueblos estaban abandonados y no se encontraba nada que comer, ni siquiera un poco de polenta. De cuando en cuando los soldados, rabiosos de sed, atormentados por el sudor y la polvareda del camino, se arrojaban desnudos entre el maíz buscando un poco de refrigerio en la frescura de las hojas. Descortezaban los árboles y chupaban ávidamente la corteza: se lanzaban como langostas en cuanto veían un campo de calabazas, y cogían lo que pillaban. Los de atrás recogían y se disputaban las cáscaras sucias de polvo que arrojaban los primeros, y luego las tiraban a su vez y otros las chupaban de nuevo.» ¡No debió de ser una Anábasis tan gloriosa como la de Jenofonte!

Periodista político, censor teatral y cronista de guerra

El *Giannettino* no se publicaría hasta 1876, pero ya desde el frente se mostró Collodi como una especie de cronista de guerra en las cartas que escribía al librero Aiazzi. Nada más llegar a Florencia, Collodi, que ha vuelto convertido en un mazziniano y republicano apasionado, funda *Il Lampione*, periódico de tendencia nacionalista, cuya intención es «iluminar a quien anda en tinieblas». Al año siguiente será prohibido por orden del gobierno, y no volverá a publicarse hasta 1860. «Pero el periodismo —son palabras suyas— es como la camisa de Neso: una vez que te la has puesto, no hay forma de quitársela de encima.» Y así, este decenio de preparación de la guerra de la independencia definitiva registra una gran actividad periodística: colabora en varios periódicos, toscanos e italianos, funda *L'Arte* y acaba siendo director y propietario de *Lo Scaramuccia*, un periódico de crítica teatral, literaria y musical. Tampoco se olvida de leer las crónicas literarias de los mejores críticos franceses del momento. Quizá esta afición lo impulsa a escribir teatro (de esta época son sus cuatro comedias, una de las cuales, *Los amigos de casa*, no pudo representarse por intervención de la policía, y otra, *El honor del marido*, tuvo un notable éxito de público), a tocar el piano y hasta a batirse por mantener sus personalísimas ideas sobre pintura y arte en general. También a este decenio pertenecen la «guía histórico-humorística» titulada *Una novela en tren. De Florencia a Livorno* (1856) y el primer volumen de *Los misterios de Florencia* (1857), escenas sociales cuyo título recuerda inevitablemente *Los misterios de París*, del francés Eugène Sue.

Al estallar la segunda guerra de la independencia, Collodi se enrola nuevamente como voluntario, esta vez en el Regimiento de Caballería de Novata. A su vuelta a Florencia, tras la paz de Villafranca, el secretario del gobierno provisional toscano, Celestino Bianchi, le pone en bandeja un curioso trabajito: ocurre que un tal Eugenio Albèri, de oficio profesor y reaccionario, aunque no desconocido en el mundo de la cultura de la época, ha lanzado un escrito invi-

tando a los toscanos a desconfiar del programa unitario y a desentenderse de él. Bianchi, que conoce la pluma aguda, polémica y brillante de Lorenzini, le encarga que responda a Albèri como se merece. Carlo Lorenzini escribe un opúsculo titulado *¡El señor Albèri tiene razón! Diálogo apologético*, y consagra el pseudónimo de Carlo Collodi, que había empleado por primera vez en un artículo publicado a principios de 1856.

La unificación de Italia y el cambio de política le proporcionan a Collodi nuevos menesteres. En 1860 lo encontramos formando parte de la comisión de censura teatral, labor que desempeña con gran acierto, a juzgar por los elogios del ministro del Interior. Ese mismo año resucita *Il Lampione*, y dos años después figura como director escénico del teatro La Pergola. En el 64 lo nombran secretario de segunda en la prefectura de Flo-



Prólogo de Carmen Bravo-Villasante

Hacia 1912 llegan *Las aventuras de Pinocho a España*, de la mano de Editorial Saturnino Calleja, con portada de Batolozzi, y con las ilustraciones de Carlo Chiostró.

rencia. Al año siguiente, la capital de Italia se traslada de Turín a Florencia. En un artículo titulado «Historia de Florencia desde la creación del mundo hasta hoy», publicado años después en *Ojos y narices*, evoca así dicho acontecimiento: «La nueva Italia originó la necesidad de trasladar la capital a Roma, haciendo una etapa en Florencia... Y así Florencia, que en 1859 se había quedado viuda, y, nueva Ártemis, hasta había bebido en las cenizas del difunto marido, casó en segundas nupcias con un vagabundo que andaba de gira por Italia bajo el transparente incógnito de «gobierno italiano». Cinco años estuvo la capital en Florencia: en 1870 pasó definitivamente a Roma, dejando a Florencia «viuda» por segunda vez, y sobre todo empeñada hasta los ojos. Collodi escribiría que aquello de la «capital provisional» fue más bien una «grave enfermedad, que dejó al municipio de Florencia en un aprieto de cerca de doscientos millones de liras».

Entre tanto, Collodi ha viajado por Francia y ha sido nombrado miembro de una junta encargada de compilar un diccionario de la lengua hablada. También acaba de fundarse el periódico florentino *Il Fanfulla*, en el que colaboran entre otros Collodi y Ferdinando Martini (nombre este que conviene retener, porque lo veremos al frente del *Giornale per i Bambini*, donde se publicará *Pinocho*).

Con la capital, también se traslada a Roma *Il Fanfulla*. Collodi se niega a seguir al resto de los periodistas y permanece en Florencia, viviendo con su hermano Paolo, ya casado, y con su madre. Pero sigue enviando al periódico una columna titulada *Charlas florentinas*, que lo convierten en uno de los más cotizados periodistas políticos.

En 1875, Collodi traduce los cuentos de Perrault y recibe el encargo de revisar el *Giannetto*, de Parravicini (1837), con objeto de confeccionar un nuevo tipo de lectura para los escolares. Son los primeros contactos de Collodi con la literatura infantil. Surge así el *Giannettino*, que, pese a su procedencia del de Parravicini, ya es netamente collodiano, sobre todo por su humorismo, pese a que aún está lastrado por los previsibles objetivos didácticos y educativos. Continúa publicando sus artículos políticos en varios periódicos, pero sobre todo en *Il*

GIORNALE PER I BAMBINI



ANNO I. - N. 1.

FERDINANDO MARTINI

Roma, 7 Luglio 1881.

ABBONAMENTI.

Un Anno (per l'Italia) L. 12
per l'Estero (Unione Postale) L. 15.
Un Numero separato Centesimi 125.

SI PUBBLICA OGNI GIOVEDÌ

DIREZIONE E AMMINISTRAZIONE
Roma, Piazza Montecitorio N.º 130.

AVVERTENZE.

Non si restituiscono i manoscritti.
Dirigere lettere e tagli all'Amministrazione del Giornale per i Bambini.

Sommario.

Come andò... F. Martini - La Storia di un burattino, C. Collodi - Minuzoli, Ida Baccini - Un viaggietto per la casa, Giuseppe Rigolini - La Cometa, Luigi De Marchi - Cavolaja, Paolo Lotti - Il pezzo di zucchero e la zuccheriera di vetro, Jack la salina - Nell'ospedale dei Bambini (da Tenyson) E. Nencioni - I compagni della mia fanciullezza, Sofia Alberti - Le bandiere di mare, Smbad al Bahari - La Posta dei Bambini - Parola di più versi (versi) Luigi Venturi - Il giuoco dell'elefante - Figure magiche - Kebus monogrammi - Vedute geografiche.

COME ANDÒ...



fossero stanchi di aver ginocchiato troppo a moscaieca o veramente avessero voglia di leggere, fatto sta che quella sera i ragazzi presero ognuno un libro e se ne andarono in un argolo remoto del giardino. Subito che furono accoccolati sull'erba, Carlo che era il più grande e il più prepotente e che aveva preso da poco l'esame di quarta ele-

mentare, aprì la sua brava storia romana e alla Mariuccia che aveva un anno meno di lui:

— Siamo rimasti - disse - a Spurio Cassio.

— Chi era? domandò la Nina.

— Zitta - mormorò Topolino - sarà un brutto gigante di quelli che fanno male a' bambini che poi viene la fata bianca....

Ma la Nina non fu persuasa: e alzatosi e messe le mani sul libro che Carlo teneva aperto sopra le ginocchia, ridomandò:



— È vero che Spu... questo che hai nominato, era un gigante di quelli...
— Chetati, seccatrice.
— Me l'ha detto Topolino.
— Topolino è un seccatore anche lui, concluse Carlo: e prima che la Nina avesse tempo di replicare cominciò a leggere:

« Spurio Cassio era il personaggio più insigne del tempo suo »...

— Che vuol dire insigne? interruppe Topolino.
— Se non lo sai - rispose Michele, un'altro de' grandi, cercalo sul vocabolario.

— Io non ce l'ho il vocabolario.

— Insigne, insigne... Come si fa, gridò Carlo, a non sapere quel che vuol dire insigne? vuol dire alto, generoso.

— Forte, ricco, brava persona - ribadì Michele.

— Senti, senti, osservò spalancando gli occhi la Nina, quante cose vuol dire!

— Costui, continuò Carlo, destò le ire della propria casa.

— Dice casta - osservò la Mariuccia che teneva dietro cogli occhi alla lettura.

— O casa o casta, è la stessa, proponendo la legge che fu della legge agraria...

— No, smetti, questa non è divertente, osservò Topolino, non si capisce nulla. Tutte parolaccie...

— Ma che parolaccie: se non le capisci è colpa tua.

— Questo poi no - gridò la Mariuccia. Topolino ha ragione: se è un libro che lo dobbiamo leggere noi, bisognerebbe che ci mettesero delle parole

Primer número de la revista *Giornale per i Bambini*, aparecido el 7 de julio de 1881, que contenía la primera entrega, dos capítulos, de *La historia de un muñeco*.

Fanfulla. Algunos son tan sarcásticos como la carta abierta al ministro Minghetti, titulada «Delenda Toscana», donde —en palabras de Maria Bartolozzi— «invitaba al ministro a borrar la Toscana del mapa y a sustituir las prefecturas y subprefecturas por otras tantas lecherías y sublecherías, de modo que sus habitantes, en vez de hacer política, cosa poco grata al gobierno (sobre todo en aquel momento, a causa de la oposición de los

moderados toscanos), hicieran mantequilla y queso de oveja». La carta fue motivada por un discurso del ministro Minghetti contra los «moderados toscanos», a los que culpaba de la caída de la derecha. Pero tampoco el gobierno de izquierdas se libró de sus ataques. En 1877, con motivo de la promulgación de la ley de enseñanza obligatoria, escribió otra carta abierta al ministro Coppino, titulada «Pan y libros», en la que decía



CARLO CHIOSTRÌ, LAS AVENTURAS DE PINOCHO, ANAYA, 1983.

textualmente: «¡Excelencia! Como no pongamos un tapón a la rotura del dique, con tanto desbordamiento continuo de leyes obligatorias acabaremos un día u otro por ahogar nuestra tan cacareada libertad... ¡Vaya con la letanía! Obligatorio el hacer de jurados, obligatorio el servicio militar, obligatorio el pago de los impuestos, obligatorio el hacer de miembro (frase indecorosa y casi envilecedora) en las Comisiones del sindicato, y, por si fuera poco, obligatoria también la enseñanza elemental». A raíz de este artículo, el barón Nicotera, ministro del Interior, advierte al director de *Il Fanfulla* que al gobierno no le gustan los artículos de su corresponsal toscano. Los amigos de Collodi le sugieren que «modere sus naturales ímpetus».

Largo y laborioso parto de Pinocho

La buena acogida dispensada al *Giannettino* impulsa a Collodi a continuarlo con un segundo libro de lectura: el *Minuzzolo*. Si el *Giannettino* contaba la vida de un escolar durante el curso, el *Minuzzolo* narra las peripecias de los mismos escolares a lo largo de las vacaciones de verano. Ni que decir tiene que, aun a través de la singular pluma de Collodi, la carga pedagógica y los consejos

educativos siguen dejándose sentir. Pero todo este trabajo es un jalón indudable en el camino que lleva hasta *Pinocho*.

En 1878, Crispi sucede en el ministerio al barón Nicotera. Collodi sigue en Florencia y sus amigos le piden que vuelva a enristrar la pluma «que ha estado tanto tiempo ociosa». Al año siguiente, bajo el título genérico de *Manchitas*, publica una serie de bocetos y relatos que habían aparecido sueltos en revistas y periódicos, y poco después el primer volumen del *Viaje de Giannettino por Italia*, dedicado a la Italia septentrional. (El ciclo completo se cerrará con otros dos volúmenes, uno dedicado a la Italia central, publicado en 1883, y otro a la Italia meridional, en 1886.) Finalmente, este mismo año de 1880 es cuando sucede el trascendental acontecimiento: Ferdinando Martini está pensando en fundar un periódico para niños y pide colaboración a Collodi. Éste le envía un «montoncito de cuartillas» que contienen el principio del *Pinocho*. El 7 de julio de 1881 sale a la calle el número 1 del *Giornale per i Bambini* con los primeros capítulos del *Pinocho* en la página 3. La larga historia de su publicación, la «pereza» de Collodi para continuarlo, las intermitencias con que aparecía y demás detalles los veremos al hablar de la obra. Baste decir aquí que, como ha sucedido con otras obras y otros autores, el

libro que Collodi consideraba una «chiquillada», y que quizá no hubiera terminado de no ser por la matraca que le dieron sus amigos del *Giornale*, ha sido justamente el que lo ha llevado a las historias de la literatura y al templo de la fama. Casi dos años duró la publicación del *Pinocho*. En 1883, poco después de aparecer el último capítulo en el *Giornale* y de ser publicado en libro, Martini cede a Collodi la dirección del periódico, al frente del cual estará hasta 1886, el año en que morirá su madre.

Hay otro libro —ya mencionado de pasada— que no debe olvidarse dentro de la producción de Collodi. Me refiero a *Ojos y narices*. El mismo año de la publicación del *Pinocho* en el *Giornale* aparece también el libro *Ojos y narices*, una colección de artículos, de los que ya hemos visto alguno. Collodi nos hace reír con muchos de ellos, pero incluso en éstos —como en la historia de «Scampolino», un empleado real «destinado a morir de hambre atrasada»— hay una amargura latente: la de la decadencia de su ciudad. Al final de la década de los 70, Florencia estaba prácticamente en la ruina. La crisis agraria había tocado techo, y el hambre y la miseria se tradujeron en desórdenes y suicidios. Artículos como el del «contribuyente» y el del honorable Cené Tanti (literalmente «Hay tantos así») rezuman amargura bajo su fina capa de ironía. Los «niños de la calle» que pinta en alguno de los textos no es difícil identificarlos con el galopín de Pinocho. «Si éste era el humor de nuestro escritor —comenta Maria Bartolozzi—, ¿por qué maravillarse de que en el capítulo XV decida hacer morir a Pinocho, como había hecho morir al Grillo parlante?». Quizá no sean sólo coincidencias.

También la vida de Collodi tocaba a su fin. Tras publicar una serie de relatos y recuerdos de «cuando era niño» y otros dos libros escolares, aún escribió *La linterna mágica de Giannettino*. Esto era en 1890. Fue su último trabajo. El 24 de noviembre cayó fulminado por un aneurisma a la puerta de su casa. Le faltaba un mes justo para cumplir 64 años. ■

*Emilio Pascual es escritor y editor. El artículo apareció como Apéndice en la edición de Anaya, de 1983, de *Las aventuras de Pinocho*.